



Durante el día los niños le juegan una mala pasada a la nieve, la pisotean...

11º Algunos juegos.

Durante el día, los niños le juegan una mala pasada a la nieve, la pisotean para hacer caminos, como si en la plaza del pueblo cupiera un laberinto de mil pequeñas y estrechas sendas que entrecruzándose en otras tantas filigranas les facilitarían su juego de pillar.

Un laberinto donde se ven todos los caminos. Pero los niños crean la invisibilidad.

La nieve resuda en sus inquietos pies.

El cielo se lleva sus gritos.

Y el sol alumbra con sombrilla para no desvanecer la ilusión de la nieve.

El eco devuelve las voces aleteando por los límpidos azules.

—¡No vale que pises fuera de la senda!

—Tienes que seguirla... —se gritan entre ellos sus normas.— Si saltas de una vereda a otra vereda, ¡pierdes! ¡¡Te seguirá tocando pagar!!

La nieve se comporta amistosamente y mantiene su albeolada blancura entre camino y camino que forma el laberinto. Sus fronteras son de marfil, la norma se mantiene marcada entre el blanco impoluto, todo error es una mancha. La falta se convierte en la huella que hunde la superficie, casi pecado condenatorio para los niños, que también juegan a imponerse leyes y preceptos.

Corren sin piedad los unos detrás de los otros...

—¡Cogido! —Roza con la mano el que paga, al que corría libre y suelto.

Se detiene en el sitio. Queda estático, sin saber que con sus pies cierra también el agujero de las hormigas, oculto por la nieve. Los topos son ciegos y sus oídos finísimos reciben el murmullo adormecedor de los pies que corretean por los tejados de sus cuevas.

La noche hace que las sendas del juego se vayan volviendo laberintos de hielo. Los pies infantiles, al día siguiente, serán convertidos sobre aquellas pistas en patines, patinetes dormidos al abrigo de los sueños de cansados escondites.

¿Quién patinará, caminando, al pueblo de mi abuela?